

# NUESTRO TIEMPO

## “LA CITE FRATER- NELLE”, CIUDAD DEL ANTICRISTO

En los artículos anteriores hemos practicado una confrontación de pasajes de Maritain con errores modernos reprobados por el Magisterio eclesiástico; podríamos practicar un cotejo similar a propósito de la igualdad, de la fraternidad, de la amistad cívica, de la democracia y del contubernio de creyentes y no creyentes en una tarea común de ordenamiento político de la ciudad. Pero no queremos alargarnos más de lo que el asunto merece.

El lector más exigente tendrá que reconocer que este *paralelismo sorprendente* de doctrinas de Maritain con doctrinas condenadas por el Magisterio nos autoriza a *sospechar* que en su enseñanza político-social se esconden errores y peligros; si además examinamos las actitudes prácticas de Maritain respecto a la guerra civil española, su admiración y aplauso a los católicos vascos en esa emergencia, su simpatía por el comunismo, su admiración por Ghandi, su tendencia de justificar la Revolución Francesa y el comunismo; si extendemos la observación y examinamos el espíritu de *secta* que adoptan los grupos maritainistas aquí y en las repúblicas vecinas; si a esto añadimos la cálida simpatía con que se acoge su enseñanza y su orientación en medios anticristianos característicos, tendremos grave derecho para pensar que nuestras *sospechas* provienen de fundamento muy real.

Vamos hoy, a poner fin a este asunto, precisando cuál es nuestro pensamiento respecto a los errores y peligros involucrados en las doctrinas político-sociales de Maritain. Advertimos, muy en serio, que no ponemos en juicio los méritos grandes, excepcionales, del filósofo especulativo a quien hemos siempre admirado y continuaremos leyendo y admirando y que sólo la gravedad de la integridad de la doctrina y de la disciplina católicas, alterada entre nosotros por el P. Ducattillon y los grupos maritainistas, nos han obligado a promover este asunto.

Tres cuestiones han de constituir el objeto de nuestro estudio: la índole de los errores de Maritain, el liberalismo de su ciudad fraternal, y el democratismo de la misma que la convierte en la ciudad del Anticristo.

**Primera cuestión: Índole de los errores de Maritain.** Confesamos que no es fácil descubrir en Maritain errores *manifiestos* de doctrina. Conocedor sagaz de las enseñanzas de la Iglesia, pensador sutil, esconde en un proceso ondulante de pensamiento, que dice y no dice y vuelve a decir, fórmulas vagas, imprecisas, como lo denunció Claudel en el *Fíguro* en una polémica que próximamente reproduciremos aquí en NUESTRO TIEMPO, aserciones peligrosas que no siempre pueden calificarse de erróneas. En ello no hace sino



coincidir con el liberalismo y sus hijastros el *americanismo* y el *Sillon*.

Advirtamos ante todo que el depósito de verdades de la Iglesia comprende el dogma y la moral o sea verdades que se han de creer y verdades que se han de practicar; digamos, verdades especulativas y verdades prácticas.

En Maritain, lo mismo que en el liberalismo católico no hay errores *especulativos* sino errores prácticos. Para que el lector comprenda qué se quiere decir con esto, reflexione que los dos movimientos del *americanismo* y del *Sillon* que fueron condenados por la Catedral Romana no formulaban proposiciones doctrinarias heréticas ni erróneas, como p. ej. el *Modernismo* condenado en la *Pascendi*.

¿Qué ha reprobado entonces en ellos la Santa Iglesia? Ha reprobado precisamente una *norma de acción, unas reglas de conducta*, preferentemente de apostolado religioso en el caso del *americanismo* y principalmente de acción político-social en el caso del *Sillon*, que se apartaban de la norma de acción y de las reglas de conducta que propone a

los católicos la Santa Iglesia. Estas normas de acción, aunque, por su naturaleza, sean del orden de la existencia pueden considerarse primordialmente en un movimiento *vivido y actuante* y así acaecía en el *Sillon* o pueden considerarse primeramente en un libro o en prédicas donde no tienen sino una existencia *ideal*. Y este es el caso de Maritain. Maritain es un filósofo... pero un filósofo también de filosofía práctica que propone un *programa de realización político-social* que ha de ser llevado a la ejecución. Este programa, en Maritain, no queda sino en el plano *ideal*; son los maritainistas —los *praecleari cives* como él los llama— quienes deben traducirlo en el plano real de la existencia. Por esto nos hemos referido anteriormente a Maritain, Ducattillon y los suyos. Porque de este programa de realización político-social que Maritain ha trazado, el P. Ducattillon es propagandista caracterizado y los maritainistas de todo el mundo son asiduos y esforzados ejecutores.

Para que se acabe de entender esto que llevamos diciendo, añadamos que si Maritain no se impusiera con su tesis del *Humanisme Integral* sino proponer cómo va a resultar *de hecho* la ciudad del mañana, como resultado del juego de fuerzas que van a intervenir en su construcción, nada tendríamos que objetarle desde un punto de vista católico. Su tesis sería acertada o equivocada, podríamos coincidir con él o apartarnos de él pero —desde un punto de vista católico— tanto derecho tendría él para sostenerla como nosotros para impugnarla. Pero Maritain no procede así, sino que propone un ideal histórico, una ciudad fraternal, como *término de una acción concreta de los católicos*. Esta norma de acción inspira y rige la actividad concreta de los católicos en su actuación político-social.

Ahora bien, decimos: este programa que coincide punto por punto con el de Lamenas, es un programa erróneo condenado. Maritain en el *liberalismo* de su ciudad fraternal se hace objeto de la censura que los teólogos aplican al liberalismo católico cuando lo rechazan como un error teológico.

Respecto al *democratismo de su ciudad fraternal* que hace de ésta *prácticamente* la ciudad comunista del Anticristo la cuestión es más delicada. Así como es cierto que Maritain propone como programa de acción a los católicos una *ciudad liberal*, no se puede decir en cambio que proponga una *ciudad comunista*; porque los conceptos de igualdad y fraternidad que propone no son *teóricamente* y examinados *aisladamente* erróneos, pero los propone en forma tal, acentuando unos conceptos y debilitando otros que induce a que el lector corriente, por efecto de su lectura, adopte como norma de acción práctica actitudes y procedimientos que conducen a la edificación de la ciudad comunista. De aquí que el democratismo comunista de la ciudad fraternal no lo censuramos como un error sino simplemente como enseñanza *peligrosa*.

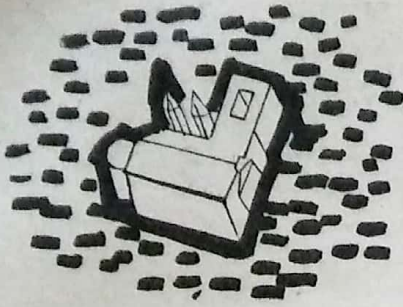
**Segunda cuestión: el liberalismo de la ciudad fraternal de Maritain.** La eficacia de nuestra demostración exige que recordemos

## SUMARIO

JULIO MEINVILLE: La "cité fraternelle", ciudad del Anticristo. — SANTIAGO DE ESTRADA: En la dedicación de la Archibasílica del Santísimo Salvador. — DIN: Comenta-

rios. — ALBERTO CAPRILE (h.): Gobierno como arte. — CORREO DE EUROPA: CARTA DE UN ARGENTINO. — CARLOS A. DISANDRO:

Himno. — CONTRA MARITAIN, PRO MARITAIN. — M. M.: Teatro. — Economía. — Reseña de Lecturas. — Dibujos de JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA y FRANCISCO FORNIELES.



al lector en qué consistía el liberalismo católico de Lamennais y sus secuaces, condenado por Gregorio XVI, y luego por Pío IX y León XIII. Sostenían los católicos liberales que, en tesis y en el plano ideal de las verdades, es cierto que el Estado debe subordinarse a la Iglesia y que por consiguiente ha de prestarle el concurso de su brazo para el cumplimiento de sus fines y para reprimir los falsos cultos y todos los errores que pueden conspirar contra su divina misión; pero si se tiene en cuenta la hipótesis de la ciudad moderna, si se tiene en cuenta el progreso alcanzado por la humanidad que ya ha llegado a la edad de la madurez y emancipación, no debe el Estado subordinarse a la Iglesia sino que la Iglesia, colocada en un pie de igualdad legal con los demás cultos, gozando de amplia y total libertad, debe imponerse al respeto y consideración de todos, y aun de la humanidad universal, por su propia virtud y fuerza interna. De consiguiente, y ello con ventaja y provecho para la Iglesia, deben hoy practicarse las libertades llamadas modernas, sobre todo la libertad de culto. Esto enseñaban los católicos liberales.

¿Qué enseña en síntesis, Maritain, en sus libros político-sociales, sobre todo los últimos *Principes d'une Politique Humaniste, Los Derechos del Hombre, Cristianismo y Democracia?* ¿Qué programa de acción propone? Enseña allí Maritain que la humanidad, digamos el pueblo, el *common man* ha adquirido el sentido de su dignidad de persona humana y ya no quiere que le traten como niño sino que quiere emanciparse de las servidumbres esclavistas que aún perduran, en lo económico, en lo político y en lo espiritual, y quiere gobernarse él, por sí mismo, en un régimen de vida democrática; en el cual la autoridad *consentida* por el mismo pueblo sea como de compañerismo y camaradería (*Principes d'une Politique Humaniste*, pág. 74); donde exista una *société "sans classes"* (*Du Régime temporel et de la liberté*, pág. 67); donde se "asegure sobre la base de la igualdad de derechos las libertades propias de las diversas familias religiosas institucionalmente reconocidas"... donde la Iglesia "no en una situación jurídica privilegiada, sino en un derecho cristiano igual, en un derecho igual inspirado por su propio espíritu, hallaría una ayuda apropiada para su obra"... sin "tratamiento de favor" (*Los Derechos del Hombre*, pág. 47); esta ciudad de igualdad, de amistad cívica, de fraternidad, de compañerismo, no sería un trono para Dios sino una habitación para el hombre... pero sería "una verdadera realización social-temporal del Evangelio".

Maritain sostiene punto por punto el programa de Lamennais. Y no lo sostiene como un programa particular, valedero para un país determinado en un momento dado, sino como regla universal, que ha de aplicarse a la nueva humanidad que surge. Contra él cabe entonces la argumentación incontestable de los teólogos que unánimes reprueban esta tesis como *mediatamente* opuesta a la divina Revelación. Y en primer lugar las severas condenaciones del *Syllabus* cuando reprueba estas proposiciones:

77. *No conviene ya en nuestra época que la Religión católica sea tenida por la única religión del Estado, con exclusión de cualquier otro culto.*

78. *Por eso en algunos países católicos se ha previsto laudablemente por la ley que a los hombres que entran en ellos se les permita el ejercicio pública de su culto.*

79. *"Es ciertamente falso que la libertad civil de cualquier culto y la plena facultad a todos concedida de manifestar pública y claramente sus opiniones y pensamientos, conduzca a la más fácil corrupción de los ánimos y de las costumbres de los pueblos y a propagar la peste del indiferentismo".*

Pero aunque no existieran estas reprobaciones del infalible e inapelable Magisterio eclesiástico se contradicen los católicos liberales y Maritain con ellos, al admitir el principio de la subordinación del Estado a la Iglesia, en el plano teórico, y rehusarse a su aplicación en el plano concreto, arguyendo que una cosa es el objeto de la especulación y cosa muy distinta lo que acontece en el orden concreto, donde fallan muchas condiciones de la teoría. Y así creen que han satisfecho a la verdad, relegando aquélla al plano de las abstracciones.

Pero, preguntamos: ¿Pertenecen o no a la materia moral aquellos principios abstractos de la subordinación del Estado a la Iglesia y del concurso que aquél debe prestar a ésta? ¿Son o no normas de los actos humanos, y regla de la recta conducta en el proceder social? Y si son dictámenes prácticos, como es evidente, ¿no es una incoherencia admitirlos y negarse a que sean llevados a la práctica? Porque de que el orden concreto difiera de las condiciones ideales de la teoría, sólo se sigue, que nunca han de obtener aquella actuación que en la desnuda especulación presentan. Pero ciertamente, con los mismos argumentos podría demostrarse que los preceptos de la virtud han de dejarse para el campo de la especulación porque la humana condición no sufre tanta alteza de rectitud. Podría también demostrarse que las ciencias matemáticas no pueden o no deben tener ninguna aplicación a las artes porque el triángulo ideal, exacto, geométrico, no se realiza en concreto o porque el efecto experimental contradice al rigor del cálculo. (Ludovico Billot, De Ecclesia Christi, II). Pero se dirá, Maritain en su ciudad fraternal no suprime la subordinación de lo temporal a lo espiritual, no rechaza el concurso del Estado a favor de la Iglesia ya que continuamente nos habla de la penetración evangélica en la substancia profana y en las estructuras tempo-

rales; nos habla asimismo de un *Humanismo Integral*, el cual en oposición al humanismo antropocéntrico del mundo moderno es un humanismo teocéntrico. Sí, todo esto es muy exacto. Pero esta ciudad fraternal que como enseña Maritain se desenvuelve en la plenitud de su mayoría de edad, fuera, aunque por debajo, de la ciudad de Dios que es la Iglesia; esta ciudad fraternal —digo— que se aprovecha del cristianismo, del Evangelio y de Dios para ensanchar y dilatar las condiciones de la ciudad terrestre; esta ciudad —pregunto— así ensanchada y dilatada por el teocentrismo, se subordina a la Iglesia, ¿sí o no? ¿Quiere reconocerla como la única verdadera, quiere prestarle culto con el sometimiento pleno de lo que ella es y puede, y quiere prestarle la fuerza de su poder, para que sólo ella sea públicamente reconocida como la Iglesia de Jesucristo-Rey? Porque si no fuera así, y se alegrara que la humanidad llegó ya a la edad de la madurez, a la edad adulta, que ya alcanzó la dignidad de persona humana, que ya debe considerarse autónoma y de mayoría de edad, tendríamos entonces la utilización sacrílega de Dios y de la Iglesia para edificar una ciudad substancialmente laica. De aquí que le convengan tan terriblemente a la ciudad fraternal de Maritain las palabras de Pío X en el *Sillon*: "No se trabaja para la Iglesia; se trabaja para humanidad".

Pero, podría argüir Maritain, la ciudad está hoy en estado de división religiosa y ya ha llegado a su edad de madurez, de manera que el cumplimiento de la subordinación del Estado a la Iglesia podría realizarse de otro modo, de como se realizó en otras épocas, en que prestaba el concurso del brazo secular para el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

¿Pero —preguntamos— este otro modo realiza o no plenamente la subordinación del Estado a la Iglesia, como lo pide la Bula dogmática de Bonifacio VIII, la *Inmortale Dei* de León XIII y *Quas Primas* de Pío XI? Y es evidente que una colaboración concebida por Maritain sobre el tipo de la de Inglaterra y de Estados Unidos neopagana y de la Francia laica de la Tercera República, es proponer un modo *trastrocado y disminuido* que

## EN LA DEDICACION DE LA ARCHI

*La Sangre del Señor ha purificado ya los cuatro rincones del Imperio. Miles de Mártires, con el nombre de Dios en los labios, han desfilado sobre la arena del Circo. Los senadores, los caballeros, los plebeyos y los esclavos; legionarios, gladiadores y rústicos labradores, matronas y humildes mujeres desvalidas, han dado ya testimonio, con su muerte, del universal alcance de la Redención. Sólo faltaba que el trono mismo del Emperador fuese tocado por la Gracia, y he aquí que un catecúmeno ocupa ahora el lugar de Diocleciano y de Nerón. ¡Ya puede descender la Visión de Paz! Ya la Ciudad dichosa construida en los Cielos puede asentarse sobre la Urbe, y revestirse con piedras de cantería.*

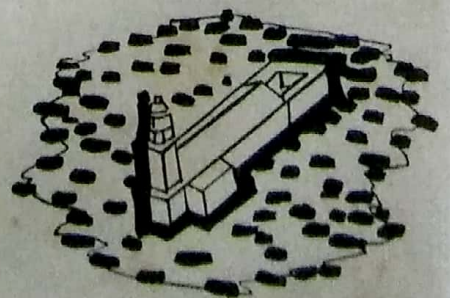
*Ha llegado el momento señalado para que la belleza de la Esposa se haga manifiesta a los ojos carnales del hombre. Hasta el pagano podrá admirar la inefable armonía del Templo cristiano, y medir con sus pasos la amplia Nave que resiste a todas las tormentas, apoyar su cuerpo cansado en las Columnas que sostienen la Casa del Señor, y respirar los suaves aromas en que se expande la oración de los fieles. La Esposa ha tomado cuerpo en la Tierra.*

*Entre los muros del palacio de Letrán el Padre Santo pronuncia las palabras que convierten la morada imperial en la Casa del Señor. La Catedral de toda la Cristiandad queda fundada para siempre, y es precisamente la Cristiandad misma lo que ha sido fundado. Porque si la Iglesia peregrina por las calles de Roma desde los días de San Pedro, Constantino el Grande es el primer Emperador que rinde pleitesía al Rey de los Reyes. El poder sale con él del paganismo: ya*

*no será posible el retorno. Habrá caídas como la de Juliano, pero la Iglesia tiene un nombre para los secuaces de Judas. ¡Nadie podrá borrar el gesto irrevocable de Constantino, ni evitar que hayan existido las piedras que una vez cobijaron a Dios!*

*En la Archibasílica hay un sitio para el Papa y cada Sacerdote del Señor tiene el suyo asignado. Hay un espacio para los fieles y entre ellos se destaca el Emperador, y también la Emperatriz y los Ministros que velan por el pueblo cristiano; no usurpa el Príncipe el Pontificado ni el pueblo olvida a su Soberano. Porque la Casa es construída con piedras vivas, y cada una de éstas tiene el lugar que le corresponde.*

*Pero la Sangre de Cristo vivificará aún más la estructura social, y la Cristiandad llegará a lucir las inigualadas jerarquías de la Edad Media. Como las piedras vivas, las otras dibujarán mil contornos insospechados, y las catedrales góticas, a semejanza de las*



comporta una injuria para los derechos invulnerables de la Santa Iglesia.

Pero —argüirá Maritain— no es preferible esto a un "Estado cristiano" de la época absolutista, no es mejor esto "a los favores de un poder absolutista o la ayuda de las dragonadas" (*Los Derechos del Hombre*, pág. 44); "¿no es mejor la nueva ciudad vitalmente cristiana a la ciudad decorativamente cristiana de los reyes absolutistas?" (*passim*).

Como si entre un Estado cristiano del absolutismo que, en rigor no es sino la opresión de la Iglesia bajo la fuerza material del Estado y esta ciudad vitalmente cristiana (léase: evangelísticamente cristiana) no cupiera el Estado cristiano auténtico de Carlomagno, San Fernando, San Esteban, San Enrique, San Otón y San Luis, Rey de Francia. Como si los abusos que puedan perpetrarse autorizara el repudio de las instituciones legítimas.

Pero además, ¿qué es esa sociedad vitalmente cristiana, donde no ocupa la Iglesia, por un reconocimiento público del poder, el lugar de honor y de soberanía que le corresponde?

Y, por otra parte, ¿puede lograrse una ciudad vitalmente cristiana en un régimen, donde todos los errores y vicios, favorecidos por el espíritu de lucro, tienen derecho a propagarse y difundirse a la par de la verdad y la virtud? ¿No sufrirá Maritain una peligrosa alucinación, embelesado, al igual que Lamennais, con el régimen de Estados Unidos, sin advertir que bajo el aspecto de la vida religiosa y moral y de los derechos de la Iglesia y de una escala cristiana y humana de valores, la cultura hispánica y latina que se conserva parcialmente todavía, aún en nuestro país, es inmensamente superior a la carencia de formación doctrinaria, a la corrupción y livandad de costumbres, que se observa en Estados Unidos?

Con sus teorías, presuntamente evangélicas, Maritain y sus "cristianos" maritainistas quieren arrancar lo poco bueno que aún nos resta de la herencia reciamente cristiana que nos legó la España católica e imperial para substituirlo por un régimen de falsa libertad y prosperidad.

Para concluir esta cuestión, decimos que

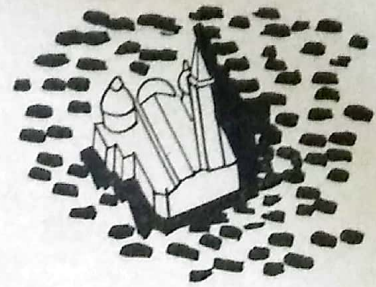
## BASILICA DEL SANTISIMO SALVADOR

viejas basílicas romanas serán la expresión arquitectónica de la Ciudad dichosa construída en los Cielos, con un sitio para el Pontífice y donde el Príncipe se destaca entre su pueblo. El Sacro Imperio Romano Germánico será el brazo derecho de la Iglesia, y Carlomagno y San Enrique serán herederos de Constantino.

Porque si el templo cristiano es expresión terrestre de la Esposa, la Cristiandad es el reflejo de la Jerusalén celestial en la sociedad de los hombres: la Ciudad del Señor graciosamente proyectada sobre las gentes que sólo buscan el Reino de Dios y su Justicia. De ahí que cuando mayor fuere el esplendor de los templos y de las ceremonias, mayor será también la perfección de ese ordenamiento temporal que es la Cristiandad: la Ciudad del Señor es también Casa del Señor. Cristo, que mora corporalmente en el Tabernáculo, es el Rey de la humanidad redimida, y es El quien edifica su Casa para que no

la enseñanza de la Iglesia en la Bula dogmática *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII: "Es necesario que la autoridad temporal se someta a la autoridad espiritual", es tan cierta y verdadera hoy, como en los días de los Apóstoles, cuando un puñado de hombres se presentaban a la hostilidad de un mundo de judíos e infieles, como en los días de San Agustín y del Santo Imperio Romano Germánico y como será mañana en los días de la apostasía universal del Anticristo; tan cierta y verdadera hoy en España y la Argentina como en Inglaterra, Estados Unidos y Rusia; tan cierta y verdadera en el mundo ideal de las verdades abstractas como en el de la acción —aunque por la impiedad de los hombres no en el de la conducta vivida— y entonces como ahora, esta verdad ha de servir como norma de conducta que impulse la acción de los individuos, de las familias y de los Estados, porque "ayer, hoy y siempre", Jesucristo es Rey de las Naciones. Que esa norma de acción, frente a circunstancias concretas de un lugar y de un momento histórico, haya de limitarse a una realización imperfecta, o casi inexistente en razón de una imposibilidad de hecho que ofrecen esas circunstancias, es admisible; pero aún entonces, será obligación de individuos, de familias y de los Estados emplear todas sus energías, bajo el imperio de la prudencia, en cada caso particular, para que esas resistencias, derivadas de circunstancias de hecho, desaparezcan y se logre la más perfecta concordia del Imperio y del Sacerdocio, en reconocimiento del vasallaje universal, debido a la Realeza de Jesucristo (1).

Tercera Cuestión: *Democratismo de la ciudad fraternal*. El sueño de Lamennais consistió en forjar, con la ayuda de la Iglesia, la ciudad liberal y democrática. Con la misma idea se alucinaron los liberales y demócratas cristianos de la última centuria. Pero muchos de estos soñadores, y entre ellos nuestro Estrada, abrieron posteriormente los ojos a la verdad y repudiaron sus errores. Maritain, en cambio, después de escribir el *Antimodérne*, *Trois Reformateurs*, *Primauté du Spirituel*, renueva y hace suyas las ilusiones utópicas que llenan la cabeza de los ideólogos, hace un siglo atrás: que el pueblo debe rom-



per todas las ataduras que le esclavizan; que debe gobernarse por sí mismo; que el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo; que el sufragio universal y uninominal y aún el sufragio femenino nos va a dar una era de igualdad y fraternidad; que el ideal es una sociedad "sans classes", de "compagnonnage"; de *fellowship* entre católicos, protestantes, infieles, ateos y judíos; donde no haya lugar para el totalitarismo, el absolutismo, la dictadura, la tiranía, el caporalismo y el paternalismo; "la edad del pueblo y del hombre de la humanidad común, —ciudadano y coheredero de la comunidad civilizada—, consciente de la dignidad de la persona humana en él, constructor de un mundo más humano en él y orientado hacia un ideal histórico de fraternidad humana". (*Cristianismo y Democracia*, pág. 144).

Si Maritain se limitara a preconizar un gobierno de forma preferentemente democrática para un país y pueblo determinado, nada tendríamos que objetar. Podría estar equivocado, pero su posición sería perfectamente legítima, desde un punto de vista católico. No está vedado —dice León XIII— a los pueblos darse aquella forma política que mejor se adapte a su genio, tradiciones o costumbres" (*Diuturnum*). Maritain que pregona la democracia como forma ideal para todos los pueblos de la humanidad que se levanta, ya en esto contraría a la enseñanza católica. Pero, además, como lo dice expresamente repetidas veces, lo que él predica, con acento místico, es una filosofía democrática de la vida, es decir, una emancipación universal de servidumbres y una tendencia a la igualdad universal (2).

Para que aparezca cómo se aparta esta enseñanza de la doctrina católica, vamos a recordar qué enseña ésta.

Para la Iglesia hay una igualdad de los hombres concretos e individuales. ¿En qué consiste ésta? Decláralo Pío X: "La igualdad de los varios miembros sociales está en esto solo, a saber: que todos los hombres tie-

trabajen en vano los que la edifican y quien guarda su Ciudad para que no vea inútilmente el que la guarda.

El Templo y la Cristiandad nacieron juntos. En el palacio imperial de Letrán fué consagrada la Archibasílica. Desde entonces el Padre Santo tiene allí su cátedra y los soberanos del mundo la única guía para presentar a sus súbditos la "Visión de Paz". Por eso los herejes y los renegados, apartándose del Señor, no podrán comprender ni el valor del Altar ni el significado de la Corona. Por eso las naciones de hoy, maltrechas por el liberalismo, no podrán levantar templos dignos del Señor para cobijar esas enormes muchedumbres indiferenciadas en las que rameras se codean con doncellas y no se advierte la dignidad del sacerdocio.

¿Por qué ese horror a los santos muros de la Iglesia? ¿Por qué la sociedad moderna parecería rehuir el sagrado recinto? ¡Ah!, verdaderamente el Señor habita allí, y no es morada cómoda para los apóstatas ni para los tibios: no hay allí otra cosa, sino Casa de Dios, y Puerta del Cielo. Y cómo extrañar que, cuando los estados se nieguen a reconocer la soberanía absoluta y total de Cristo, ya no se levanten templos como esas catedrales magníficas y armónicas en que la Cristiandad medioeval se congregaba al lado de sus reyes para honrar al soberano Rey de los Reyes.

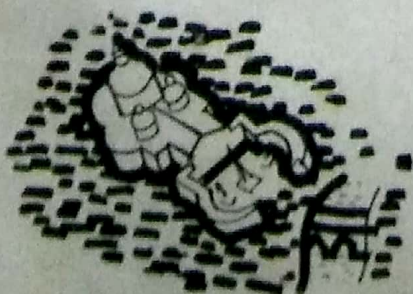
He aquí por qué el verdadero orden cristiano fué solemnemente proclamado cuando el Papa San Silvestre consagró la Archibasílica, con tanto celo restaurada por Benedicto XIII y por León XIII.

SANTIAGO DE ESTRADA.

(1) Maritain enseñaba esto mismo en *Primauté du Spirituel* (Rosenau d'or, pág. 126) en 1927, cuando todavía no le había mordido el virus liberal y democrático: "A propósito —dice— de la actitud muy reservada de la Santa Sede para con el francismo y con las censuras contra la "Action française", ciertas personas, juzgando impertinentemente de las cosas de la Iglesia, han hablado de "un deslizamiento a la izquierda"; como si lo que está edificado sobre la roca pudiere deslizarse a derecha o a izquierda... En medio de los peligros que vienen de las regiones más opuestas a amenazar las almas, la Iglesia avanza, golpeando ora de un lado, ora de otro. Quien tiene los ojos pegados al instante presente piensa, cada vez, que cambia de ruta; es el peligro que cambia de sentido, ella avanza en línea recta. Ella no reniega nada, no borra nada, no renuncia a nada de lo que ha determinado. La encíclica *Pascendi* está siempre allí, el *Syllabus* siempre allí, la bula *Unam Sanctam* siempre allí. El liberalismo está siempre condenado, el americanismo, el socialismo, el Sillonismo, el modernismo están siempre condenados. El laicismo está siempre y de nuevo condenado".

(2) Predica el democratismo-religión, como le llama el R. P. Garrigou Lagrange en una página aparecida en la *Vie Spirituelle* (marzo 1927) y que Maritain reproduce en su *Primauté du Spirituel* (pág. 234).

"La democracia, legítima en sí, puede degenerar en democratismo, en una especie de religión que confunde el orden de la gracia y el de la naturaleza o que tiende a reducir la verdad sobrenatural del Evangelio a una concepción social de orden humano, o transformar la caridad divina en filantropía, humanitarismo y liberalismo. La Iglesia puede entonces intervenir, en virtud misma de su magistrado. Ella no puede olvidar el principio: corrupción est infima pessima; la peor de las corrupciones es la



ben su origen de Dios Criador; fueron redimidos por Jesucristo, y deben ser juzgados y premiados o castigados por Dios, según la exacta medida de sus méritos y deméritos". (Motu proprio del 18 de diciembre de 1903).

Es decir hay una igualdad de naturaleza en el sentido de que todos son hombres creados por Dios, regenerados por Cristo y destinados a ser juzgados y recompensados por Dios.

Pero de allí no se sigue que todos los hombres nazcan con igual capacidad de imaginación, sensibilidad, voluntad e inteligencia que le otorgue igual poder de conocer, comportarse y crear. Los hombres nacen desiguales. Su naturaleza común —que después de todo es objeto de una abstracción, aunque fundada en las cosas— se realiza desigualmente por caracteres somáticos diversos, aún por un poder diverso, tanto afectivo e intelectual, de cada alma humana, por condiciones geográfico-histórico-cósmico diversas, por influencias también diversas, económico-culturales, sociales y políticas.

La naturaleza individual, es decir la esencia humana concretada en una materia cuantitativa determinada, nos da un sujeto individual, incommunicable, incanjeable, diferente y desigual uno de otro. La experiencia cotidiana nos dice que todo es desigual y jerárquico en el macrocosmos como en el microcosmos humanos. Y así en el cuerpo humano, cada órgano o miembro tiene su constitución y su función peculiar y diferente y jerarquizada, una con respecto a otra.

La sociedad, que es el conjunto de naturalezas individuales armonizada en la procuración del bien común, no podía estar constituida en forma tal que contradiga este hecho de las desigualdades individuales. Precisamente porque se trata de asegurar el bien común de todos, debe atender a la condición desigual del bien de cada uno.

De aquí que diga Pío X: "La humana sociedad, cual Dios la estableció, consta de elementos desiguales, como desiguales son los miembros del cuerpo humano; hacerlos todos iguales es imposible; seguirse de ahí la ruina de la sociedad". (Motu proprio del 18 de diciembre de 1903).

Signese de aquí que en la humana sociedad es conforme a la ordenación de Dios que haya príncipes y vasallos, patronos y proletarios, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos. (Ibidem).

Signese de ahí, como enseña Santo Tomás (Suma II. II. q. 63. a. 1.) que la igualdad de la justicia distributiva consiste en que de diverso modo sean honradas y beneficiadas las personas diversas en atención a su dignidad.

Y aunque la virtud es la única causa justa de honor, puede uno ser honrado no sólo por su virtud personal, sino también, enseña Santo Tomás (Ibidem a. 3.) por la virtud funcional, como cuando se honra a los príncipes y prelados, aunque sean malos, por cuanto son representantes de Dios y de la comunidad que gobiernan... Son honrados los padres y señores por la participación de la dignidad de Dios, que es padre y señor de todas las cosas; son honrados los ancianos por la ancianidad, que es signo de virtud, aun cuando ésta a veces falte; son honrados los ricos porque ocupan un lugar más alto en la sociedad.

Y estas diferencias individuales afectan y constituyen unidades de grupo como clases, corporaciones, familias, municipios, regiones, naciones, grupos culturales, razas, con un legítimo y necesario derecho de existencia.

Trabajar entonces en la tarea de nivela-

que ataca a lo mejor que hay en nosotros, a la más alta de las virtudes sobrenaturales, que es el alma de todas las otras. Si no hay nada mejor que la verdadera caridad que ama a Dios por encima de todas las cosas y al prójimo por amor de Dios, nada hay peor que la falsa, que subvierte el orden mismo del amor, haciéndonos olvidar la bondad infinita de Dios y sus imprescriptibles derechos para habiarnos sobrado de los derechos del hombre, de igualdad, de libertad y de fraternidad".

A la luz de esta enseñanza júsguese que se debe pensar del artículo "El último libro del Padre Duchastillon", aparecido en el suplemento literario de La Nación del último domingo. Júsguese, en consecuencia que se debe pensar de dicho libro y de la tesis en él sustentada.



ción universal, destruyendo desigualdades, rompiendo indiscriminadamente v i n c u l o s, aniquilando usos y costumbres que constituyen las familias, clases, corporaciones, regiones, naciones, órbitas culturales, razas, con la absurda pretensión de que todos somos iguales, igualmente gobernantes, igualmente patronos, igualmente ricos, todos camaradas, todos compañeros, es trabajar contra la ordenación de Dios. (Pío X).

La Iglesia predica la unión y el amor de los hombres, pero no, sobre la destrucción de estas diferencias y desigualdades, sino al contrario, afirmándolas y consolidándolas, siempre que sean, por derecho natural o histórico, legítimas; predica la unión por encima de ellas, enseñando que aun cuando existan estas desigualdades que deben existir, los hombres han de tratarse como hermanos, ayudándose reciprocamente, y entendiendo que todos —inferiores y superiores— tienen necesidad recíproca unos de otros; el bien del pie no está en mandar a la cabeza sino en ser dirigido por ella; si el pie manda, no sólo destruye a la cabeza sino que se inutiliza a sí mismo, pues sin la dirección de la cabeza, caminará a su ruina. Por otra parte, la cabeza no puede engrasarse de su superioridad, como si tuviese poder de dirección sin necesitar de los pies, pues sin ellos no podría estar dignamente sustentada ni lograr la ejecución de sus designios.

La Iglesia enseña también que esta unión de los hombres, esta compensación de desigualdades, sólo puede lograrse por la eficacia de la caridad sobrenatural y no por un estéril y vano sentimiento de fraternidad. "No hay verdadera fraternidad —dice Pío X en el Sillon (N. 6)— fuera de la caridad cristiana, que por amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, Nuestro Salvador, abraza a todos los hombres para consolarlos y llevarlos a todos a una misma fe y a una misma bienaventuranza del cielo. Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización".

Esta es la doctrina católica, la única verdadera y saludable para la civilización.

En lugar de ella predica Maritain una fraternidad prácticamente revolucionaria. Porque, aun cuando es cierto que en Principes d'une politique humaniste expone con exactitud los principios teóricos de la igualdad y desigualdad de los hombres, luego en la exposición corriente del mismo libro y en otros, particularmente los de propaganda como Cristianismo y Democracia o Los Derechos del Hombre, con tal imprecisión presenta un concepto alucinante de la igualdad; o bien carga las tintas contra lo que él apellida "esclavismo" o contra todas las desigualdades sociales; o de tal suerte predica la emancipación o la libertad, o los derechos de la persona humana, o la fraternidad, en un lenguaje abstracto y de sabor rousseauniano o bergsonianos; o insiste, sin discriminación de lugar o tiempo, sobre el derecho casi natural de sufragio universal y femenino; o llena páginas, teñidas de un sentimentalismo evangélico sobre la democracia y el pueblo; que el lector, sobre todo si se tiene en cuenta que las mentes y los conceptos están cargados de igualitarismo rousseauniano y marxista, por sí y medio de constante prédica, el lector —digo— se ve inducido a forjarse una concepción de una sociedad universal de "compagnonnage" y de "fellowship", "sans classes", donde se han roto las diferencias de religiones, de nacionalidades, de fronteras, de razas, de culturas, de clases, de familias, una gran ciudad fraternal, concebida a

la manera de un "equipo de foot-ball o de hockey" (Principes d'une Politique Humaniste, pág. 61) tan dilatado como el género humano.

Y entonces Maritain, de hecho, bajo el amparo de la Iglesia Católica, utilizando el Evangelio y Santo Tomás, el Doctor Común, está trabajando en la edificación de una ciudad universal igualitaria. Sus intenciones podrán ser buenas, no lo dudamos. Pero sus realizaciones vienen a coincidir de hecho con las del comunismo ateo. Porque una ciudad universal, donde, con el pretexto de emancipación y de libertad de la persona humana, se han roto los vínculos familiares, los vínculos de distinción de clases, las diferencias de naciones, de culturas, de razas y de religiones, es una inmensa ciudad, disgregada, disociada que, por la lógica de los hechos, y por la astucia de los impíos siempre más despiertos que los hijos de la Luz, acabará por terminar bajo el poder de un gran Amo, el Amo del Estado omnívoro, que después de destruída toda la organización, toda la autonomía interior, absorbe en sí toda fuerza, todo derecho, todo poder, toda autoridad, y se constituye en el único administrador, preceptor, educador, tutor, propietario y poseedor; es decir, en la Ciudad totalitaria del Anticristo.

Creemos en las buenas intenciones de Maritain y de los maritainistas, pero, repetimos, sus esfuerzos por edificar la Cité Fraternelle, conducen, de hecho, a edificar, con la utilización del cristianismo, la futura ciudad universal del Anticristo.

JULIO MEINVILLE.

## COMENTARIOS

### CON DIÁLOGOS A CARGO DEL PÚBLICO

En la línea del comentario sincero puede pecarse de ingenuidad con sólo atribuir sinceridad a los síntomas que se comenten. Sabemos —claro está— las costumbres del tero, pero eso aplicado a las determinaciones del gobierno, puede hacernos caer en la suspicacia. Sin descartarla, veamos el síntoma con ánimo desprevenido, que es también una forma de ver: no estamos en los consejos del gobierno ni sabemos, de cierto, qué decide su estrategia en política. Atengámonos, pues, a los hechos y hagamos un ensayo de interpretación directa, que es el camino más corto entre dos puntos.

#### SINTOMA

Se ha anunciado, de fuente oficial, que hasta fin de año se irá cumpliendo paulatinamente el reintegro a sus tareas específicas de los oficiales y jefes que desempeñan cargos o funciones civiles; de tal modo que sobrarán los dedos de la mano para contar los militares que continúen, el año próximo, en tareas ajenas a su oficio. Tal la información, que tiene, indudablemente, resonancia y significación de síntoma.

¿Síntoma de qué? ¿De cordura o de temor? ¿Síntoma premonitorio de qué? Pero es evidente que en la misma medida en que se debilita una institución cuyos cuadros se ralean para atender otros menesteres, se resienten las funciones civiles si están llenadas macizamente por personas no destinadas a ello. Reintegrar a la gente a sus puestos es, ¿quién lo duda?, bueno. ¿Pero es bueno el síntoma?





Bien. Los militares en actividad vuelven a su lugar. Pero ¿quién los reemplazará en los lugares decisivos que dejarán vacantes, en los cargos "políticos" que habrá que proveer? ¿Con quiénes? La dirección última de los acontecimientos y diarias experiencias, nos advierten que continuará la exclusión de los "nacionalistas". No es posible que éstos colaboren en funciones de dirección que comportan rumbos políticos sin saber a dónde se dirige el país ni es tampoco verosímil.

El síntoma se nos presenta obscuro y cargado de interrogantes: Pero, ¿si no se muestra un camino, será, porque, al menos, se lo busca? ¿Buena brújula, que en ello puede ir el destino del país!

#### PRIMER DIÁLOGO

*Alguien debe ir, eso es indudable.*

—Pero, ¿quiénes?

—Los radicales, por ejemplo.

—¿Qué radicales?

—Los radicales conservadores.

—¿Quiénes son?

—Sobran también los dedos de la mano para contarlos.

—Y en tal supuesto, ¿qué significaría eso?

—El fracaso de la revolución.

—¿Lo lamentaríamos demasiado?

—Primero está el país.

—Y el país, ¿se encajaría con eso?

—Talvez.

—¿Cómo, talvez? ¿Pero qué entiende usted por país?

—El futuro, siempre el futuro.

—Luego, ¿usted es oficialista del futuro?

—Sí, señor, exactamente; el futuro es una liberación del presente.

—Sí, pero usted se olvida del pasado y se desliza sin detenerse en el presente.

—Así es. Tiene razón. Vamos a seguir pensando.

#### SEGUNDO DIÁLOGO

—¿Ha pensado otra cosa?

—Muchas cosas, que no andan sin dialogar.

—Bueno. ¿Quiénes reemplazarán a los militares en los "puestos decisivos" que dejarán vacantes?

—Una mezcla: conservadores no implicados, radicales añejos y nacionalistas tranquilos, siempre que todos ellos sientan este momento grave y agudo.

—¿Qué ocurren! Las uniones sagradas siempre fracasan.

—Según la tensión del país y según cómo se repartan los papeles. En mi esquema los conservadores aportarían sus mañas y su influencia económica; los radicales, votos y ambiente; los terceros, vigencia, contenido de época y temas.

—No creo en las mezclas ni en el resultado de la cohesión de tres desfenestrados. Su solución de ahora huele a centenario, a régimen, a hueco.

—Sí, la vería antihistórica, si estuviéramos en el régimen. Ahora podría resultar a título de salida honorable. Pero esto era simplemente un ensayo. No se me ocurre otra. ¿Y a usted?

#### TERCERO Y ÚLTIMO DIÁLOGO.

—Hemos planteado mal el problema. No es cuestión de sustituciones. Los puestos decisivos no son ya decisivos. El problema fundamental, el del timonel no se lo supera con cambios ni con relevos en los sitios de comando.

—¿Qué vé usted? Ahora me toca preguntar a mí.

—Ve el país y su problema: su posición internacional.

Quien agite la bandera de la soberanía, que ahora es el problema del ser o del no ser; quien agite *the question* agitará para sí al país y el país lo seguirá. No el país electoral ni ungido, sino el país determinante, la nación ancestral y en acto. El que crea, pero intrépidamente en eso, tendrá al país ya sea dentro o fuera de este movimiento, créamelo.

—Así pienso yo también. Mejor que pienso, creo en ello y lo deseo. Pero ¿de qué país me está usted hablando? Creo no reconocerlo.

—De este país, de mi país futuro.

#### EPILOGO

Estos diálogos verosímiles como planteo, trasladados de la calle al papel, reflejan devaneos que hemos recogido en esta semana de cavilaciones. Los tres miran al futuro, es decir, a nuestro destino y reflejan actitudes y anhelos diferentes que se resumen así: lo que es posible que sea, lo que es difícil que sea, lo que debiera ser.

#### ENVIO

En defensa mía: no creo que el país va a desaparecer tragado por el Leviathan del Norte; no creo en la fuerza de ese norte; creo firmemente en este país como cosa ya fija en el mundo: creo que somos nación, por lo tanto, eviternos.

DIN.

## CORREO DE EUROPA

### CARTA DE UN ARGENTINO

Siempre se tendrá que luchar entre el desánimo en la derrota y la suficiencia en el triunfo. Y esto que es problema de todos los tiempos y de todas las latitudes, se planteará también entre nosotros. Dice Arquiloco, poeta de los comienzos de las letras griegas, con acento de Padre del Yermo: "Si vences, no te regocijes con ruido, y si pierdes, no gimas mordiendo el polvo. Alégrate moderado en el éxito, guarda serenidad en el dolor, y rememora el ritmo con que acontecen las cosas". En eso está el secreto, en el ritmo; acomodar nuestros movimientos a un determinado diapasón. ¿Cuál ha de ser el nuestro? El único que podemos seguir, el de la Iglesia. Pero todo ello con rostro agresivo, lejos de las actitudes procesionales y de los gestos que se premian.

Ya sé que no es a ustedes a quienes convengan éstas advertencias. Pero siempre es bueno repetir las aunque más no sea para confirmar en un camino. Ustedes han dado un ejemplo notable. Aquí se los admira grandemente a través del eco apagado que llega de nuestras tierras. Yo he tratado por todos los medios de darle nueva vida a esos rumores para que nuestros problemas se hallaran presentes en su autenticidad, sin desfiguraciones interesadas. No sé cómo me ha salido. La distancia es grande y la desconexión mayor.

Sin embargo las dificultades que se nos plantearán próximamente dejarán muy atrás a todas las que hasta hoy hemos padecido. El mundo quizás tome por caminos insospechados. Cuidado entonces de agitarse buscando el rumbo de los triunfadores, porque podrán

ser muchos, muy diversos, y hasta contradictorios en pocos años. Y la danza del servilismo siempre es de movimientos absurdos y gestos dislocados.

Podrá suceder que la reacción alemana sea verdad (cosa que aquí piensan pocas personas pero bien informadas; yo opino como ellas), y entonces es necesario estar preparados para muchas cosas delicadas, o que, por el contrario, su derrota sea total. Entonces la importancia de la coordinación entre la Argentina y España vuelve a ser vital, porque es preciso resistir, con verdadera tenacidad, seis meses, un año, dos, y al cabo de ellos nos encontraremos ante un panorama del mundo tan radicalmente distinto, que más nos parecerá obra de la fantasía que consecuencia de algo previsto. Resistir y resistir sin debilidades. *Los presuntos triunfadores no tienen una sola fórmula que les impida sufrir en la paz, la más atroz derrota.* Nosotros debemos estar, cuando ello suceda, contemplando las cosas desde fuera, con toda independencia, y viendo cómo se robustece nuestro prestigio.

¿Nos moveremos otra vez a destiempo? ¿Llegaremos, como siempre, tarde?

En la Conferencia de Lima se vió clara la necesidad de coordinarse, cuando aparecieron también claras ciertas intenciones. En Panamá y Cuba la cosa adquirió una diaphanidad definitiva para todos, menos para nuestros egregios hombres de estado. En Río de Janeiro logramos que se dijera un NO, pero tan débil y anémico, que hubimos de inflarlo para poder manejarlo con habilidad. Luego, ante nuestras propias narices, la indigna maniobra de la ineptitud o la traición. *¿Nos sorprenderá el mañana, otra vez, sin las posiciones tomadas, y posiblemente discutiendo acaloradamente sobre algún asunto insignificante de política interna?*

Es preciso estar preparados y prever las cosas. Pasan los momentos del tono heroico y todo corre el peligro de ablandarse. Los intereses individuales hacen su aparición, y el bien de los más se pospone al bien de cada uno. Entonces las palabras pierden su violencia y su poder de arrastre, y se vuelve a ser "comprensivo, razonable y tratable", como los señores a quienes tanto criticamos. Muere la epopeya y nace la lírica. La lírica constituye un descenso con respecto a la explosión de fuerza constructiva de la epopeya. Detrás de aquella se oculta el yo, lo minúsculo y particular. En la epopeya, como en la Liturgia habla el "nosotros". Avanza un pueblo, se afirma, o se deja avanzar y conducir por el grupo de privilegiados que ven hacia adelante. Pero, se esfuma ese clima, y sólo queda el retiro, la dulce nostalgia o el recuerdo. Y el pensar que las ideas no sucumben. ¡Triste recurso!

Hay un libro de H. Massis: "Les idées restent", donde éste hombre noble, que ya no es joven, mira con nostalgia muchas cosas que caen mezcladas entre otras, y quiere afirmarse a algo para no sucumbir del todo. Pero a nosotros no nos debe tranquilizar el pensar que las ideas permanecen, queremos verlas encarnadas en el tiempo; en nuestro tiempo, porque tenemos la vida por delante. Y el acierto en muchos problemas políticos reside en la cantidad de futuro que un hombre es capaz de llevar dentro del pecho.

El egoísmo y la limitación de los viejos, en la mayoría de los casos, no es más que la gravitación inconsciente de los pocos años que les toca vivir. Y, ciertamente, si el mundo acabara en 5 o 6 años que es el término razonable que faltale de vida a un anciano o a las posibilidades de su actuación, la política de éste — juzgada por nosotros como nefasta, bien pudiera ser prudente, realista o sensata. Sin embargo, los hombres envajecen pero no la Patria. La Patria debe ser eternamente joven. Y ganar esa juventud para la Patria, es ganarla para nosotros mismos. Es algo que sólo se conquista de rodillas, porque el tiempo deja de actuar cuando el espíritu supera a la carne.

Así, sin ánimo conformista, sin espíritu



de derrota, sin desaliento y con una gran dosis de esperanza podremos salvar las dificultades presentes. (En algunas cartas he creído percibir una triste resignación ante un futuro adverso; cuando en realidad, sucede lo que sucede, para nosotros comienza todo con el fin de esta guerra; porque las cosas no se conquistan con la buena voluntad de algunos militares, sino con la construcción de un país nuevo; y eso se logrará, se opongá quien se oponga. Podrán caer muchas cosas derrotadas, pero nadie hasta hoy ha hecho retroceder la Historia). Lo importante es cumplir nuestra misión, preparando y allanando los caminos —en esa función de Bautistas que nos ha sido impuesta— para que cuando llegue el momento del relevo, podamos apartarnos del camino, con generosidad, aunque tengamos la cima a la vista, y dejar que otros coronen nuestra empresa. Pues si bien trabajamos en la tierra, no hemos puesto en ella la totalidad de nuestros afanes.

Discúlpame la solemnidad que va adquiriendo esta carta. Cuando se está tan lejos y las oportunidades de comunicaciones son tan escasas, una carta siempre corre el peligro de convertirse en testamento. En mi caso, algún motivo habría para ello. He estado tres días en Caen y he visto la Muerte a dos pasos, hartándose de vida. He visto caer iglesias románticas hechas polvo y antiguos monasterios, y enjambres humanos, como jaurías muertas de hambre, huir por los campos. He visto multitud de aeroplanos precipitarse al suelo envueltos en llamas, y me he enterado que ya no volverían jóvenes oficiales, llenos de vida, casi niños, con algunos de los cuales había comido el día anterior.

Y he vuelto a estar en París tres días; un París próximo a entrar en una nueva etapa de su aventura, nunca a ponerle fin a ella, como algunos tontos de por allí consideran. París sufría grandes privaciones y siniestro futuro, pero ello no obstaba para que sus teatros y cabarets siguieran funcionando aunque algo más temprano para aprovechar la luz del día.

Y aquí otra vez esta advertencia: es prudente pensar en la total derrota de Alemania, aunque no en la consolidación del triunfo de los aliados, pero no es insensato pensar en la reacción alemana. Esto lo digo a pesar de acabarme de enterar de lo de Rumania que posiblemente concluirá como Italia, declarando la guerra, y teniendo presente la serie de derrumbes balcánicos que se producirán antes que esta carta llegue a tus manos. Sin embargo se insiste en un ejército alemán intacto y en nuevas y poderosas armas, pero sobre todo en grandes combinaciones políticas. He aquí el gran peligro: Puede sobrevenir un nuevo pacto Germano-Ruso (no es éste ningún dato revelador); y el gran peligro reside en que los gobiernos de España y la Argentina, caigan en la ingenuidad, movidos por secretos deseos de liberarse de una vez de incómodos vínculos morales con Alemania, de comenzar a sacar del bolsillo multitud de principios y frases condenatorias para repudiar tan "perversa alianza". Nuestra política a pesar de todo ha de ser continuar callados la boca y esperar pacientemente hasta ver qué pasa. Porque pueden pasar muchas cosas y a cual más sorprendente. De manera que si eso sucede, nada de gestos puritanos, que en otras ocasiones no hemos exhibido. De las conversaciones Germano-Rusas por intermedio del Japón, que tiene una Comisión que vuela de un lado al otro, se tienen aquí informes ciertos; de sus posibles resultados nadie sabe nada. Pero es sin duda extraña la actitud de Finlandia y la detención de Rusia en su avance, inmediatamente después del viaje de Von Ribbentrop. Y desconcertante la actitud resignada de Alemania frente a Rumania. O es todo una colosal mentira, o hay alguien que no se chupa el dedo. Yo creo en algo más que una defensa numantina por parte de Alemania. Todas estas razones yo se las daba a personas amigas aquí. Se quería hacer circular un comunicado a todo el frente de juventudes para impedir que se alegraran de un pacto Ruso-alemán, pues según sus noticias, existía un movimiento en ese sentido entre la juventud. Yo insistí y

## H I M N O

Héroe, sí, por el fulgor de Apolo,  
cuando, lumbre total, el universo  
suspende sus fragmentos.  
Arboles y nubes,

El infecundo mar  
y el sol, tras ámbitos sonoros,  
—en exceso de luz y melodía—  
se vuelven, ávidos, cantando  
al reposo unitivo, límpido y eterno.

Entonces —¡oh Hércules heroico!—  
no las alas de un ángel, estelares  
sus ondas.

El incendio y el éxtasis,

El arduo polvo  
y el ápice frenético, en las llamas  
de una visión terrible. Y el combate  
por atraer la imagen  
sobre frondas, aguas y crepúsculos

¡Oh! Ver, ver, en la frescura  
de la fuente. ¿Quién llama,  
quién nos abandona en el desierto  
de las cosas? ¿Quién, de viento y fuego  
colma las alturas?  
¡Oh sabiduría  
del héroe, desnuda con los puros  
árboles de invierno!  
¡Oh héroes!  
¡Oh tránsito terrible!  
Más allá, más allá, donde la nieve  
cae. Nutricia cae,  
por igneus murallas en derrumbe.

CARLOS A. DISANDEO.

creo que lo conseguí para que no se hiciera nada. Dije que si la gente joven pensaba así, no lo hacía en virtud de perversos instintos, sino porque tiene más sentido histórico que veinte Menéndez y Pelayos juntos...

## GOBIERNO COMO ARTE

En la medida que gobernar es un arte, el gobernante debe ser artista. No hay, en efecto, un modo científico de gobernar, aunque pueda haber una técnica del mando. Pero la técnica artística en general, como la del gobierno en particular, proveen sólo el "valet" que para libentar sus dotes necesitan los creadores. Por eso gobernar no es administrar bien sino crear, bien o mal, pero crear. En la obra de gobierno lo fértil es el espíritu, la voluntad que trasciende y le da larga vida; lo estéril la producción de magníficos cadáveres. El buen gobernante expresará en hechos los mejores anhelos de su medio, no a través de una simplista lírica inspiración, sino trabajando sobre las canteras de la Nación con la humilde devoción de un verdadero artista. El buen gobernante no sorprende a nadie porque a la vista de todos prepara, hace y termina su obra, pero cuando las circunstancias la ocultan tampoco sorprende porque con indicar su intención orienta a la gente que conoce su estilo. Por las circunstancias que atraviesa nuestro país requiere que se le gobierne con verdadera arte creador; porque en la presente encastrada revolucionaria del mundo el camino de la Argentina no ha sido trazado todavía. Aún más. Hasta podría haber desaparecido el terreno

sobre el cual extender familiares caminos si la misión que la escuadra británica cumplía en el Atlántico ha comenzado a evolucionar en alguno de los sentidos fácilmente presuimibles. Habría en este caso que crear terreno y camino —todo un mundo— y frente a la necesidad de tanta pacienzuda creación no corresponde prodigar proyectos desde afuera. También le es difícil al gobernante comunicarnos los suyos. En parte porque el resultado final es imprevisible y las migajas de información podrían despistar; en parte porque menoscabaría su dignidad revelar la dolorosa intimidad del proceso creador. Por lo dicho es de desear que el gobierno nos muestre su estilo, el sello de la acción positiva, de la obra creadora. En materia de relaciones exteriores ha dicho ya dónde se ha plantado —importante actitud defensiva pero en nada creadora— y está mostrando en la acción que busca sitio para sus mojoneros —también un acomodamiento que no equivale a aportar una concepción política.

Para interrumpir esta desconexión, hagamos sugerencias; atisbernos el ambiente internacional en el cual el gobierno argentino tendría que presentar sus creaciones. La semana pasada Sumner Welles hacía un elogio de la posición siempre fluida de la política de Stalin —intencionadamente fluida, es decir, en estado de alerta y de creación— y para contrapesar alababa a Roosevelt y Churchill por ser buenos oportunistas —es decir hombres que por depender de los hechos no podían crear—. Aclaremos que uno y otro "es decir" es de nuestra cosecha. Pero lo interesante era que Welles después de elogiar la valiosa fluidez y el mediocre oportunismo no se adhería a ninguna de las dos prácticas. El era el hombre con el plancito en el bolsillo —el de la división de Europa en sectores— al que quizás no faltase añadir más que algún informe técnico. Con estos detalles con-

firmamos la razón de por qué Rusia no cerró trato en Dumbarton Oaks y en varios otros trámites. No es por éste o aquél detalle; es porque no cierra trato así se las den todas. No cierra trato porque el día que lo hiciera dejaría de tener la política fluida que tanto le sirve y tanto emboha a sus propios oponentes en el juego internacional. El reaccionario propósito de reintroducir una sociedad de las Naciones tras una simple lavada de cara a los ingenuos proyectos de Wilson está siendo desbaratado por Rusia desde el primer instante. Nunca hubo en realidad ocasión para una vuelta atrás porque casualmente Estados Unidos y Gran Bretaña son los países que por razones internas necesitan la revolución más que el pan; pero sin la intervención de la cola de Rusia podían haber simulado un momentáneo retroceso. Siendo esto evidente e inmediato la Argentina tiene porqué elaborar lazos de entendimiento con la reacción sajona; particularmente si sabe crear un estado de armonía con el sentido del futuro inmediato que, eventualmente, tendrá que ser el indispensable punto de coincidencia.

ALBERTO CAPRILE (H.).

## CONTRA MARITAIN, PRO MARITAIN

*La guerra civil española fué piedra de escándalo para el pensamiento político de nuestros días. O, dicho en forma más exacta, lo fué para el pensamiento y para los pensadores actuales.*

Como NUESTRO TIEMPO teme —y teme con harto fundamento— que el lector argentino nada recuerde ya de aquellas disidencias ideológicas, y como, además, y a consecuencia de tal falta de memoria, el mismo lector puede creer que nosotros asumimos solos, por nuestra cuenta y riesgo, la refutación de Maritain, publicaremos a partir de este número artículos y polémicas firmadas por grandes escritores de Europa, en los cuales, con anticipación de más de un lustro, se denuncia ya el error virtual del pensamiento político de Maritain. Comenzaremos con Eugenio D'Ors. En el próximo número irá la polémica Claudel-Maritain.

### I

Hablamos aquí mismo de la fidelidad a España de Eugène Marsan. La infidelidad de Jacques Maritain no nos sorprende. . . Tal vez no tenga demasiado sentido el decir que el castillo es el hombre. Pero lo que me parece más evidente cada día es que el castillo es la idea. Quiere decir que, cuando, por ejemplo, se lo al escolasticismo en un tono a lo Soeren Kierkegaard, es a Soeren Kierkegaard, y no al escolasticismo, a quien se halla afiliado el pensamiento genuino del laoder.

De haber sido en los comienzos, bergsonianos, Maritain conservará la señal, por más que haya. Curarse de Bergson a dosis macizas de León Bloy, no pudo ser buen método. ¿Cómo, lo que toreó un bramán, enderezaría un profeta? Es igual a querer remediar una diarrea con un drástico. En vano, entonces, la etiqueta de la pócima hablará de regularidad. En vano, parejamente, un hojalatero del silogismo invocará el rigor lógico y la razón. No hay figura del razonamiento que valga, para quien conduce el razonar fuera de los cauces que han dibujado las ingenierías de la figura.

Más bergsonianos cuanto más se quisiera separado de Bergson, Maritain da hoy en invocar el cristianismo para calificar la posición sedicente humanista, que en un reciente libro ha expuesto. Esta obra, tras de una exposición extensa presentada por el autor mismo, fué discutida en una de aquellas famosas sesiones de los sábados, que, en un rincón de la calle de Visconti, mantienen sin apagar en París, durante el invierno, los fuegos que el verano enciende en la Abadía de Pontigny. Algo también nos tocó decir en aquella. Y lo primero, que, por lo menos, alguna mención especial debía hacerse dentro del humanismo cristiano, de los caracteres del humanismo católico.

## NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual	\$ 10.—
Por semestre	\$ 5.—
Número suelto	\$ 0,20
Número atrasado	\$ 0,40
Primer número	\$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

### II

Maritain llama "integral" al humanismo cristiano —y, entre paréntesis, ese tipo de aplicación preventiva del adjetivo "integral" me sobresalta a mí siempre; por lo que recuerdo aquel paliativo "bien entendido", de infausta memoria; el de la "libertad bien entendida", del "regionalismo bien entendido", etc.—. Le llama integral, porque a la vez que este humanismo desea tener en cuenta los valores del hombre, dice no desconocer en él la presencia de valores más altos, los valores divinos. Cabría, empero, advertir que estos últimos, ningún humanismo, por pagana que se haya presentado su catadura, ha venido jamás con enseña de desconocerlos, siquiera haya podido interpretarlos mal. El decir que "el hombre es algo que quiere ser superado" no bastaría a calificar de cristiano al humanista Nietzsche; ni a los escultores griegos, al tomar, no a una mujer, sino a una diosa, como prototipo de la hermosura. Pero lo que descriptiviza teóricamente al uno como a los otros, es la imagen carnal que dan a Venus como del Superhombre; la sujeción en que los dejan a la exigencia del contorno individual. Quiero decir que aquí —como en tantos y tantos problemas— el quid se encuentra en evitar la exclusión con la jerarquía.

En el extremo opuesto se nos ofrecen las actitudes —éstas, es cierto, por nadie calificadas de cristianas— en que el antropocentrismo, más que reducirse a un teocentrismo, se ve ya, especulativamente arruinado; porque en ellas la imagen del hombre se disuelve en la imagen de la naturaleza —y entonces es ésta la que se escribe con mayúscula—, o, peor, en la ausencia total de imagen, como en el teísmo o en la filosofía de Spinoza. Spinoza, si bien se mira, es el pensador más opuesto que jamás haya existido a la creencia en los Angeles; porque es el más radicalmente incapaz de pensamiento figurativo. Al revés, Dionisio Areopagita, gran especulador sobre los Angeles, es a la vez —y en lógica consecuencia—, el gran filósofo de la Jerarquía, aquel que lo pensaba todo, la tierra y el cielo, bajo especie de Orden. Por esto, los dogmatizadores protestantes le tienen tanta rabia; tanta, que dieron en llamarle el Pseudo-Areopagita, contagiando en esta pedante-



ría a no pocos. Por esto, igualmente, la doctrina de la jerarquía de la Iglesia, quiero decir, la del teocentrismo en el terreno tiene, como primer clásico, a Dionisio. . . Maritain, en su obra teórica, como en sus actitudes sociales y políticas, va cada día apartándose más del Areopagita. Lo cual constituye una revelación creciente de lo incurable de su impregnación bergsonianas.

### III

Podrán las consideraciones que preceden parecer en exceso abstractas; sobre todo presentadas, como las muestras han de serlo, a un lector que sacude y hasta desgarras apasionadamente el drama atroz de una guerra. Tal apariencia, con todo, se disipará apenas hayamos dicho que, si el humanismo que él llama cristiano lleva a Maritain a colocarse en hostilidad enconada ante el fascismo —por él más condenado, en realidad, que el comunismo ruso—, la corrección por nosotros propuesta, al preferir hablar de "humanismo católico", conduce, no sólo a la comprensión religiosa de aquél, sino a la de los dos más importantes entre sus instauraciones o restauraciones históricas, es decir, el Imperio y la Corporación. Imperio significa que la superior unidad humana ha de tener, no sólo un alma, sino un cuerpo. Corporación, que recíprocamente, cada especialidad del trabajo, sobre plasmarse en una materialidad técnica, se anima también con una espiritualidad. Una y otra se presentan ante nosotros como reales figuras, en que se reúnen lo general y lo concreto. Pero, si la figura es exactamente el común denominador de las preferencias del católico, la anti-figura, es decir, el impulso, la corriente, es lo que da asunto a la meditación del bergsonianos, aunque este bergsonianos comparezca con etiqueta de cristiandad.

Con demasiada frecuencia oímos producirse al entorno nuestro, entre aquellos a quienes la defecación de Maritain de la causa española hiere más en lo vivo, la versión grosera que supone aquí móviles interesados y ruines. A esta versión, la justicia nos obliga a salir al paso. Hay, entre el verdadero pensamiento de este escritor y las opiniones que profesa o apunta respecto de lo nuestro, una coherencia profunda. Y a reconocer el hecho, estamos tan moralmente obligados nosotros como a combatir aquellas opiniones en su base. Así, estas notas nuestras "contra Maritain", podrían igualmente haberse titulado "pro-Maritain".

## TEATRO

LA VIDA ES SUEÑO, DE CALDERON  
DE LA BARCA, EN EL TEATRO  
MUNICIPAL DE BUENOS AIRES

Los que ahora llamamos clásicos (ellos no sabían que lo eran) acometían su obra por todos lados en procura de realizar su creación con la suma de conocimientos de que disponían. No se cuidaban sólo de la forma, sino que la sublimaban para ponerla al servicio del mundo absoluto en el cual se movían como peces en el agua, señores de la técnica pero inscriptos en el universo que los sustentaba. De él recibían los datos y los límites, aquellos como puntos de apoyo indispensables, como alimento y muchas veces como inspiración de la obra a realizar, y éstos como freno a la imaginación, como correcciones a su desvarío.

De ahí que los clásicos de la gran época española den esa sensación de equilibrio: porque los datos y los límites del siglo de oro eran todavía filiales de la gran síntesis cristiana, de la bautizada concepción de las cosas y del universo en que el dogma se entrelazaba con la vida como la música al baile, sin contradecirla porque la conducía.

La Vida es sueño, de Calderón, está así en ese linaje de obras donde se mezcla, sin confusión, lo sobrenatural con lo terreno, den-

